

Martina había caído de rodillas al pie de la cama ahogándola los sollozos. No había esperanza, el señor se moría. No se atrevió á ir en busca de un sacerdote, á pesar de sus grandes deseos; y recitó ella misma las oraciones de los agonizantes, rezando con fervor al Dios misericordioso para que perdonase al amo y le llevase en derecha al paraíso.

Así murió Pascual. Tenía la cara enteramente azul; y después de algunos segundos de inmovilidad completa, quiso respirar, sacó los labios abrió su pobre boca, como abre el pico un pajarillo que absorbe afanoso la última bocanada de aire. Y sin otro incidente, sin más esfuerzo, llegó la muerte y le acogió en sus brazos.

XIII

Hasta después del almuerzo, á la una de la tarde, no recibió Clotilde el telegrama de Pascual. Precisamente aquel día había regañado con su hermano Máximo, que hacía pesar sobre ella, con dureza creciente, sus caprichos y sus malhumores de enfermo. En suma: Clotilde no había logrado éxito en su papel; Máximo la encontraba demasiado sencilla, demasiado grave para poder divertirlo; y acabó por encerrarse con la chiquita Rosa, aquella rubita de aire cándido, que le divertía mucho. Desde que la enfermedad le tenía inmóvil y débil, iba perdiendo su egoísta prudencia de libertino, su gran desconfianza hacia la mujer devoradora de hombres. Por eso, cuando su hermana intentó decirle que Pascual la llamaba y que deseaba irse, la costó Dios y ayuda lograr que le abriesen la puerta del cuarto, porque Rosa se ocupaba en aquel momento en dar fric-

ciones á Máximo. El cual aprobó desde luego la cosa; y si es verdad que la rogó que volviese lo más pronto posible, también es cierto que no insistió en esto, deseoso tan sólo de mostrarse condescendiente.

Clotilde ocupó toda la tarde en hacer su equipaje. En la fiebre, en el aturdimiento de una decisión tan brusca, no reflexionaba, entregándose por entero á la gran alegría de volver allá. Pero después de la comida apresurada, después de los adioses á Máximo y del largo viaje en coche desde la Avenida del Bosque de Bolonia á la estación de Lyon, cuando la joven se vió en un departamento reservado de señoras, en el tren que había salido á las ocho y rodaba ya fuera de París, en plena noche lluviosa y helada de Noviembre, recobró la calma, empezó lentamente á reflexionar y acabó por sentirse turbada por vagas inquietudes. ¿A qué venía aquel telegrama tan brusco y tan breve: "Te espero, sal esta noche?," Sin duda era la respuesta á la carta en que ella le anunciaba su embarazo. Pero ella sabía cuánto deseaba Pascual que permaneciese en París, donde la creía dichosa, y asombrábase la joven de aquella prisa en llamarla. No era un telegrama lo que había esperado, sino una carta,

seguida de proyectos de arreglos, y, al fin, la vuelta algunas semanas más tarde. Había, pues, otra cosa: una enfermedad tal vez, un deseo, la necesidad de volverla á ver inmediatamente. Y, desde luego, este temor se apoderó de ella con la fuerza de un presentimiento, que por entero la dominó.

Durante toda la noche, una lluvia diluvial había azotado los cristales del vagón, á través de los llanos de Borgoña. El diluvio no cesó hasta Mâcon. Pasado Lyon, despuntó el día. Clotilde llevaba consigo las cartas de Pascual, y esperaba con impaciencia el alba para volver á ver y á estudiar aquellos papeles, cuyo tipo de letra le parecía haber cambiado. En efecto, sintió un estremecimiento en el corazón al comprobar los titubeos, las á modo de grietas que se habían producido en las palabras. Pascual debía de estar enfermo, muy enfermo; ahora veía ya claramente esto, imponiéndosele como verdadera adivinación, en que entraba menos el razonamiento que la presciencia sutil. Y el resto del viaje la pareció terriblemente largo, porque sentía crecer su angustia á medida que se acercaba la llegada. Lo peor era que, dejando el tren en Marsella á las doce y media, no podía tomarse otro para

Plassans hasta las tres y veinte minutos. Eran tres largas horas de espera. Clotilde almorzó en la cantina: comió sin sosiego, como si temiese perder el tren; después paseó por el jardín, lleno de polvo; fué de un banco á otro, bajo el sol pálido, todavía tibio, por medio del maremagnum de ómnibus y cochés. Por fin, se vió de nuevo en el tren, detenida cada cuarto de hora en las estaciones pequeñas. Asomaba la cabeza por la portezuela, y parecíale que había partido de allí veinte años antes, y que los lugares habían cambiado. Cuando el tren salió de Santa Marta, experimentó Clotilde la fuerte emoción de advertir en el horizonte, muy lejos, la Souleíade, con los dos cipreses centenarios de la terraza, que se veían de tres leguas á la redonda.

Eran las cinco, y el crepúsculo empezaba á caer. Resonaron las plataformas giratorias de la estación, y Clotilde se apeó del tren. Tuvo un arrebato, un dolor vivísimo, al notar que en el andén no la esperaba Pascual. Desde la salida de Lyon venía la joven diciéndose: "Si no le veo en seguida, á la llegada, es que está enfermo." No obstante, quizá estaría en la sala de espera, ó buscando el coche al exterior. Clotilde apresuró

el paso, y sólo vió al tío Durieu, el cochero de quien, de ordinario, se servía el doctor. Atropelladamente, empezó á hacerle preguntas. El viejecillo, un provenzal taciturno, no se daba prisa á responder. Había traído su carruaje y pedía el talón, deseoso de ocuparse, ante todo, de los equipajes. Con voz temblorosa, repitió Clotilde su pregunta:

—¿Están bien todos, tío Durieu?

—Sí, señorita.

Tuvo que insistir mucho para llegar á saber que Martina, el día antes, á las seis, había encargado al cochero que fuese á la estación con su carricoche, á la hora de la llegada del tren. Ni él ni nadie había visto al doctor hacía dos meses. Quizá, puesto que no había venido, estuviese en cama, porque en el pueblo corría la voz de que andaba malucho.

—Espere V., señorita, á que recoja el equipaje. Hay en la banqueta sitio para V.

—No, tío Durieu, tardaremos mucho. Iré á pie.

A paso largo, subió la cuesta. Tenía tan oprimido el corazón, que se ahogaba. El sol había desaparecido detrás de las colinas de Santa Marta, y del cielo gris caía como un polvo fino, con el calofrío de Noviembre,

Al entrar en el camino de las Fenoullières, Clotilde tuvo de nuevo ante sus ojos la imagen de la Souleïade, cuya fachada melancólica bajo la luz del crepúsculo, con las ventanas cerradas, en una tristeza de abandono y de duelo, la dejó helada.

Pero el golpe terrible para la joven fué cuando vió en el umbral del vestíbulo á Ramond, que parecía esperarla. En efecto, había acechado su llegada y bajado para amortiguar algo el efecto de la terrible catástrofe. Llegó Clotilde sofocada, pasando, para llegar antes, por el bosque de plátanos, cerca de la fuente; y al ver al joven, en lugar de Pascual, á quien esperaba hallar en la puerta, experimentó una sensación de desastre, de irreparable desgracia. Ramond estaba muy pálido, azorado á pesar del esfuerzo de voluntad que había hecho. No dijo ni una palabra, esperando á que Clotilde le preguntase; pero la joven se ahogaba, y también enmudecía. Y de este modo entraron en la casa, conduciéndola él al comedor, donde permanecieron aún algunos segundos, cara á cara, mudos en la agonía que les dominaba.

—¿Está enfermo, no es verdad?—balbuceó al fin Clotilde.

Ramond contestó sencillamente:

—Sí, enfermo.

—Lo he comprendido en seguida al ver á V. Para que no haya salido á recibirme, preciso es que esté enfermo.

É insistiendo, añadió:

—Está enfermo, muy enfermo, ¿verdad?

No respondió Ramond; palidecía cada vez más, y Clotilde le miró. En aquel momento vió la muerte impresa en él, en sus manos aún temblonas, que habían cuidado al moribundo, en su cara de desesperación, en sus ojos turbados que guardaban aún el reflejo de la agonía, en todo su desorden de médico que lleva doce horas de luchar sin resultado.

Clotilde exhaló un gran grito.

—¡Ha muerto!

Y se tambaleó, como herida por el rayo, cayendo en los brazos de Ramond, que la estrechó fraternalmente, con un gran sollozo. Ambos, abrazados, lloraron.

Luego, cuando Ramond pudo al fin hablar, sentado en una silla:

—Yo fui quien ayer, á las diez y media, puse el telegrama que recibió V. ¡Hallábase el maestro tan feliz, tan lleno de esperanza! Urdía sueños para el porvenir: un año, dos años de vida... Esta mañana, á las cua-

tro, le sobrecogió la primera crisis y me envió á llamar. Desde luego, se vió perdido; pero creía resistir hasta las seis, vivir todavía lo bastante para ver á V... La enfermedad ha ido muy deprisa. Me fué diciendo los progresos de ella hasta el último suspiro, minuto por minuto, como un profesor que analiza en el anfiteatro. Ha muerto con el nombre de Clotilde en los labios, sereno y desesperado á la vez, como un héroe.

Clotilde hubiese querido correr para verle, subir de un salto á la habitación; pero permanecía como clavada, sin fuerzas para levantarse de la silla. Había escuchado, con los ojos inundados de gruesas lágrimas, que corrían sin cesar. Cada una de las frases, el relato entero de aquella muerte estoica, la resonaban en el corazón, grabándose en él profundamente. Mentalmente, reconstituía la joven cada hora de aquel funesto día. Toda su vida lo tendría presente.

Pero su desesperación se desbordó, sobre todo, cuando Martina, que había entrado un momento antes en la habitación, dijo con voz dura:

—¡Ah! La señorita hace bien en llorar, porque si el señor ha muerto, ha sido por su causa.

La vieja criada se mantuvo de pie, á un lado, cerca de la puerta de la cocina, presa de tal cólera, dolorida de que la hubiesen cogido y matado á su amo, que no encontraba la menor palabra de bienvenida ni de consuelo para aquella niña á quien había criado. Y sin calcular el alcance de su indiscreción, la pena ó la alegría que podía causar, se consolaba á sí propia, diciendo todo cuanto sabía.

—Sí, el señor ha muerto porque la señorita se fué.

A pesar de su aplanamiento, Clotilde protestó.

—Pero si fué él quien se enfadó, quien me obligó á marcharme.

—¡Ah, ya lo creo! ¡Bien ciego es quien no ve por tela de cedazo...! La noche antes del viaje encontré yo al señor medio ahogado, de tan disgustado que estaba; y cuando quise avisar á la señorita, él me lo impidió... Después, bien lo vi, desde que la señorita se fué, todas las noches sucedía lo mismo; tenía que vencerse mucho para no escribir llamándola... En fin, la verdad pura es que ha muerto.

Una gran claridad iba iluminando el espíritu de Clotilde, que á la vez se sentía feliz

y torturada. ¡Dios mío! ¿Resultaba, pues, verdad todo cuanto había presentado? Luego, había concluido por creer, ante la obstinación violenta de Pascual, que no mentía, que entre ella y el trabajo optaba sinceramente por el segundo, como hombre de ciencia en quien el amor de la obra puede más que el amor de la mujer. Y, sin embargo, mentía; había llevado la abnegación hasta el olvido de sí propio, hasta inmolarse, ante lo que creía ser la felicidad de la joven. Y la tristeza de las cosas quiso que se engañase, que consumase de aquel modo la desgracia de entrambos.

De nuevo protestó Clotilde, y se desesperó.

—¡Pero, cómo podía yo adivinar...! Obedecí, puse toda mi ternura en ser obediente.

—¡Ah!—gritó Martina.—Me parece que yo sí lo hubiese adivinado.

Intervino Ramond, y habló dulcemente. Había cogido de nuevo las manos de Clotilde, y la explicó que el disgusto podía haber precipitado el desenlace fatal; pero que el maestro estaba, desgraciadamente, condenado hacía tiempo. La enfermedad del corazón, de que sufría, debía traer larguísima fecha; mucho exceso de trabajo, una parte

segura de herencia, y en fin, su última pasión; y el pobre corazón se había roto.

—Subamos—dijo Clotilde—quiero verle.

Arriba, en la alcoba, habían cerrado las persianas y no se advertía lo más mínimo el crepúsculo melancólico. Dos cirios ardían sobre una mesa pequeña, metidos en candelabros, al pie de la cama, é iluminaban con luz pálida, amarilla, el cuerpo de Pascual, tendido, con las piernas muy pegadas y las manos recogidas y casi juntas sobre el pecho. Píadosamente le habían cerrado los ojos. La cara parecía dormir, azulada aún pero ya serena, en la onda esparcida del cabello blanco y la barba blanca. Hacía apenas hora y media que había muerto. Empezaba la infinita serenidad, el eterno reposo.

Al verle así, al pensar que ya no podía oírlo, ni verla, que la dejaba sola, que le besaría por última vez y que luego le perdería sin remedio, Clotilde tuvo un gran arranque de dolor y se echó sobre la cama, no pudiendo más que balbucir este llamamiento lleno de ternura.

—¡Oh, maestro, maestro, maestro!...

Puso los labios sobre la frente del muerto; y como lo encontrase apenas frío, tibio aún del calor de la vida, le cupo por un instante

la ilusión de creer que se mostraba sensible á esta caricia última, tan esperada. ¿Acaso no parecía haber sonreído en su inmovilidad, feliz al fin, pudiendo acabar de morirse, puesto que les tenía ya allí á los dos, á ella y al hijo que había engendrado? Luego, desfalleciendo ante la terrible realidad, lloró de nuevo, inconsolable.

Entró Martina con un quinqué, que dejó en un ángulo de la chimenea; y pudo oír á Ramond que se preocupaba de Clotilde, inquieto al verla trastornada de aquel modo, dada su situación.

—Me la voy á llevar á V. si pierde la entereza. Piense V. que no está sola, que hay que mirar por ese niño futuro del cual me hablaba *él* con tanta alegría y ternura.

Durante el día, la criada se había asombrado al oír ciertas frases, cogidas al vuelo. Ahora, de pronto, comprendió lo que sucedía; y como estuviese á punto de salir de la habitación, se detuvo y escuchó más.

Ramond había apianado la voz.

—La llave del armario está debajo de la almohada. El me previno muchas veces que se lo dijese á V... ¿Sabe V. ya lo que debe de hacer?

Clotilde trató de acordarse y de responder:

—¿Lo que he de hacer? Con los papeles, ¿no es verdad?... Sí, sí, ya me acuerdo; debo guardar los legajos y dar á V. los otros manuscritos... No tenga V. miedo; soy dueña de mi cabeza, estaré tranquila. Pero no quiero dejarle; voy á pasar aquí la noche, muy serena, se lo prometo á V.

Expresaba tal dolor y tal ademán resuelto de velar el cadáver, de permanecer con él hasta que se lo llevaran, que el joven médico la permitió cumplir su deseo.

—Bueno, pues; la dejo á V. Me deben de esperar en casa ya. Además, hay multitud de formalidades que llenar: la alcaldía, el entierro, de las cuales quiero librar á V. No se preocupe de nada. Mañana á primera hora estará todo arreglado cuando yo vuelva.

La abrazó de nuevo, y se fué; y entonces desapareció Martina, detrás de él, cerrando con llave la puerta de abajo y corriendo en medio de la noche ya oscura.

Clotilde quedó sola en la alcoba; y, á su alrededor, sobre su cabeza, en medio del silencio enorme, sentía el vacío de la casa. Clotilde estaba sola, con Pascual muerto. Había arrimado una silla á la cama, á la ca-

becera, y se había sentado allí, solitaria, inmóvil.

Al llegar, no había hecho más que quitarse el sombrero; después, al notar que llevaba aún los guantes, se los quitó también. Pero seguía con su traje de viaje, llena de polvo, destrozada por las veinte horas de tren. Sin duda, el tío Durieu había llevado á la casa mucho antes las maletas; pero Clotilde no tenía ni idea ni fuerzas de para lavarse y cambiar de ropa, aniquilada al presente sobre aquella silla en que se había dejado caer. Sólo una pena, un remordimiento inmenso la dominaba. ¿Por qué había obedecido? ¿Por qué se había resignado á marcharse? Si se hubiese quedado, estaba bien segura de que el doctor no moriría. Le hubiera amado tanto, acariciado tanto, que le curaría.

Todas las noches le hubiese cogido en sus brazos para dormirlo, calentándole con toda su juventud, trasfiriéndole la vida en sus besos. Cuando no se quiere que la muerte nos arrebathe á un ser querido, se permanece á su lado para darle la propia sangre, y así se ahuyenta á la parca cruel. Ella tenía la culpa de haberle perdido, de no poder, con un abrazo, despertarle del eterno sueño. Y la parecía

que era imbécil por no haber comprendido, cobarde por no haberse sacrificado, culpable y castigada para siempre por haberse ido, cuando el mero buen sentido, á falta de corazón, debía haberla retenido allí, en su misión de súbdito sumiso y tierno que vela por su rey.

El silencio se hacía tan grande, tan absoluto, que Clotilde apartó por un momento sus ojos de los de Pascual para mirar por la habitación.

Sólo vió vagas sombras: el quinqué iluminaba de perfil el cristal de la gran psiquis, que parecía una placa de plata mate, y los dos cirios proyectaban en el techo elevado dos manchas grises. En aquel momento acudieron á su memoria las cartas que Pascual la escribía, tan frías, tan cortas, y comprendió la tortura de aquel hombre, que tenía que ahogar su amor. ¡Qué fuerza hubo menester para realizar el proyecto de felicidad, sublime y desastroso, que concibió para ella! Se empeñó en desaparecer, en salvarla de la vejez y de la pobreza suyas. Soñaba que ella fuese rica, libre para gozar de sus veintiséis años lejos de él; era el olvido total de sí mismo, su aniquilamiento en el amor de otro. Y Clotilde sentía por todo esto

una gratitud y una dulzura profundas, mezcladas con una especie de amargura irritada contra el destino adverso. Después, de golpe, surgieron los años felices, su juventud, su adolescencia pasada al lado de Pascual, tan bueno, tan alegre. ¡Cómo la había él conquistado, con pasión lenta; cómo se había sentido suya, después de las rebeliones que los habían separado por un momento, y con qué arrebatado de alegría se había entregado á él, para ser cada vez más, y enteramente, suya, puesto que él la deseaba! Aquella habitación en que iba enfriándose el cadáver, la encontraba Clotilde tibia aún, vibrante, de sus noches de ternura.

Sonaron las siete en el reloj, y la joven se estremeció al oír aquel timbre ligero en el gran silencio de la casa. ¿Quién había hablado? Hizo memoria: miró al reloj, cuyo timbre había sonado tantas horas felices. Aquel reloj antiguo tenía una voz temblona de amigo muy viejo, que les divertía, en la oscuridad, cuando velaban abrazados. Ahora de todos los muebles se alzaban recuerdos.

Las imágenes de ella y de Pascual parecían renacer del fondo argentino y pálido del gran espejo; avanzaban, indecisas, casi

confundidas, con una sonrisa flotante, como en los días felices en que Pascual la llevaba allí para adornarla con alguna alhaja, un regalo que ocultaba todo el día en el bolsillo, en su manía de obsequiarla. En la mesa donde ardían los dos cirios habían hecho ambos su comida de pobres aquella noche en que les faltó el pan y en que ella le había servido un festín regio. ¡Cuántas migajas de su amor encontraba en la cómoda de mármol blanco, rodeada de una barandilla! ¡Cuánto habían reído en la *chaise longue*, de pies rígidos, cuando ella se ponía las medias y él se burlaba! Hasta de la tela que tapizaba las paredes, la indiana antigua de un rojo descolorido, que era ya color de aurora, le llegaba como un murmullo todo lo que se habían dicho de fresco y tierno, las niñerías infinitas de su pasión y hasta el olor de su cabellera de mujer, un olor de violeta, que Pascual adoraba. Y cuando la vibración de los siete golpes dados por el reloj, tan persistente en su corazón, hubo cesado, volvió los ojos hacia la cara de Pascual y de nuevo desfalleció.

En medio de esta postración creciente oyó Clotilde, minutos después, un repentino estrépito de sollozos. Alguien había en-

trado de improviso, y la joven reconoció á su abuela Felicidad. Pero no se movió, no habló, de tal modo estaba petrificada por el dolor. Martina, anteponiéndose á la orden que seguramente le darían, había ido á casa de la señora de Rougon, para comunicarle la atroz noticia; y doña Felicidad, estupefacta al principio de lo brusco de la catástrofe, aturdida luego, corrió á la casa, manifestando un pesar ruidoso. Lloró ante su hijo, y abrazó á Clotilde, que la devolvió su abrazo como en un sueño. A partir de este instante, la joven, sin salir del aplanchamiento en que se aislaba, notó perfectamente que no estaba sola, en el continuo tráfago ahogado, cuyos mil ruidos atravesaban la habitación.

Era doña Felicidad que lloraba, que entraba, que salía sobre la punta de los pies, que ordenaba los trebejos, que husmeaba, cuchicheaba, caía en una silla para levantarse inmediatamente. Cerca de las nueve, quiso decidir á su nieta á comer algo. Dos veces la había reprendido en voz baja. Volvió á decirle al oído:

—Clotilde, querida mía, te aseguro que no estás bien... Es necesario recobrar fuerzas, si no jamás te pondrás buena.

Pero la joven, con un movimiento de cabeza, se obstinaba en rehusar.

—Veamos; tú te habrás desayunado en la fonda, en Marsella, ¿no es cierto?, y no has comido desde entonces... ¿Es esto razonable? No es cosa de que tú caigas enferma también... Martina ha debido hacer caldo. La mandé hacer una sopa ligera con gallina... Baja á comer algo, nada más que un bocadito, mientras yo me quedo aquí.

Con el mismo ademán doloroso, Clotilde rehusaba siempre. Concluyó por tartamudear:

—Déjeme, abuela, se lo suplico... No podría, me ahogaría.

Y no habló más. No dormía: tenía abiertos los grandes ojos, obstinadamente fijos en el rostro de Pascual. Durante dos horas, no hizo un movimiento, tiesa, rígida, como absorta, allá abajo, muy lejos, con la muerte. A las diez oyó un ruido: era Martina que subía luz. Hacia las once, doña Felicidad, que velaba en un sillón, parecía inquieta, salió de la habitación y volvió. Desde entonces fué y vino impaciente, andando alrededor de la joven siempre despavilada, inmóvil, la mirada fija y atónita.

Llegó la media noche: una idea tenaz se